

70  **AÑOS**

Diócesis de San Isidro

I Carta Pastoral

La Iglesia en salida

Mons. Juan Miguel Castro Rojas

La Iglesia en salida

“¡Vengan a mi casa y alégrese conmigo! ¡Ya encontré la oveja que había perdido!” Lc 15,6

Introducción

Queridos hermanos de nuestra Diócesis de San Isidro, les saludo muy cordialmente pidiendo a Dios nuestro Padre y al Señor Jesucristo en comunión con el Espíritu Santo que les den su amor y su paz.

Me alegro, en mi corazón de pastor, de poder comunicarme con ustedes a través de esta primera carta pastoral, con motivo de la celebración de los 70 años del caminar diocesano. Una carta orientada a una valoración de nuestra historia e insumo para comprender el presente y proyectar el futuro de nuestra misión como Iglesia Particular en la construcción del Reino de Dios en esta tierra de bendición.

Quiero exponer mis pensamientos eclesiales según las propuestas pastorales del Sínodo de los Obispos sobre la sinodalidad de la Iglesia, tomando en consideración el borrador de la primera sesión de trabajo realizada en el mes de octubre del año anterior en la Santa Sede, según la voluntad del Santo Padre, el Papa Francisco.

Una Iglesia en salida y en sinodalidad implica ser una institución que vive para una tarea muy sencilla: construir el Reino de Dios y propagar el mensaje profético de Jesucristo para el fortalecimiento de la persona humana, sus derechos, su entorno y su transcendencia hacia la Jerusalén Celestial.

A los 70 años de la erección de la Diócesis, tenemos una riqueza pastoral que nos facilita fundamentar el presente y el futuro de nuestra misión apostólica con la intención de reconocer, interpretar y elegir nuestras decisiones para guiar a nuestros fieles por los caminos de la verdad, la justicia, la paz y el amor; para ser la portadora de la Buena Noticia de Jesucristo cuya meta final es obtener la santidad, a través de una transformación permanente de nuestra realidad.

Por tanto, deseo sea ésta una carta pastoral iluminadora para el presente y el futuro de la Diócesis, desde una mirada a su historia, su realidad, sus anhelos y sus esperanzas, ya que son siete décadas de ir en salida y remando mar adentro.

I Parte

Reconocer el camino recorrido en comunión y participación eclesial

A) A los 70 años de caminar juntos y en salida.

Como Pastor de ustedes, mi primera tarea asumida, luego de mi ordenación episcopal, fue conocer la tierra diocesana y su historia; sus raíces, sus prácticas religiosas, sus costumbres, sus desafíos y sus tareas. He recorrido caminos entre las montañas y las playas, conversando con mis fieles atentamente para escuchar sus anhelos, esperanzas y desilusiones.

Al comenzar a caminar entre los queridos hermanos de esta tierra del sur de nuestro país, he constatado cómo Dios ha venido acompañando a hombres y mujeres sencillos; y cómo la historia de toda esta riquísima Diócesis me motiva a describir con mis propias palabras la percepción inicial que he tenido al caminar entre ustedes, con la mirada puesta en la tierra a la cual el Espíritu Santo me ha traído como Pastor y como hermano.

Me ha llenado de profunda alegría el poder encontrarme con cada persona, y con las situaciones diversas en las cuales vivimos los que conformamos esta tierra del sur de Costa Rica, ver con mis ojos esta realidad me abre un abanico inmenso de posibilidades y, sobre todo, de conocimiento de lo que ya, en este tiempo como Obispo, siento como mi hogar y a ustedes queridos diocesanos como mi familia.

En medio de ustedes he descubierto grandezas invaluable, que nos dan un corazón agradecido al Señor; pienso en tantas comunidades cristianas y cómo Dios permitió en el paso de la historia la construcción de éstas, las cuales poco a poco fueron dando la fisonomía de lo que hoy conocemos como territorio diocesano. Riqueza nos aportaron las demás Diócesis que nos dieron sus territorios para conformar la belleza de la Iglesia peregrina en el sur.

Habría que elevar siempre una oración de acción de gracias por el valiente episcopado de Mons. Delfín Quesada Castro, quien con espíritu misionero, se desgastó en estas tierras que le fueron encomendadas, y con su carácter dulce y afable, pero al mismo tiempo fuerte y disciplinado, cimentó lo que hoy conocemos como nuestra Iglesia de San Isidro. Por supuesto que mi mirada también se hace presente en los queridos sacerdotes que iniciaron con Mons. Quesada, les recordamos y oramos por ellos. Y no podemos dejar de lado en esta historia a todos los agentes laicos que dieron su vida, así como los religiosos y religiosas que se entregaron a esta misión apostólica.

Doy infinitas gracias a Dios por el pastoreo de mis antecesores, Mons. Ignacio Trejos Picado (1974-2003), Mons. Guillermo Loría Garita (2003-2014) y Mons. Fray Gabriel Enrique Montero Umaña (2014-2022), quienes acompañaron este caminar y hoy aún están presentes entre nosotros; ellos son signo de ese amor que Dios siempre ha manifestado a este pueblo que camina

entre las montañas del Cerro de la Muerte y la frontera con Panamá. También miro con agrado el creciente número de sacerdotes, la instauración del diaconado permanente, Ordo de Las Vírgenes Consagradas y otras acciones evangelizadoras que dan mucho aliento a la vida de la Iglesia. No puedo dejar de dar gracias también por la vida consagrada, hombres y mujeres que han dado la vida por la Diócesis, carisma y misiones que están presentes para dar vida en medio de las comunidades y hacer presente el amor de Jesucristo el Buen Pastor.

B) Una mirada a nuestro alrededor diocesano, 70 años después

En este tiempo de estar con ustedes, me he encontrado con un pueblo sediento de Dios, que me hace pensar, más aún como Pastor, que debo, no solo oler a oveja, sino sentirme oveja en medio de ustedes para que impregnado de la vida del rebaño ejerza mi ministerio como discípulo y maestro.

En concordancia con el Magisterio eclesial, no debemos olvidar que estamos en un cambio de época, esta particularidad nos hace vivir grandes dificultades de la vida social del mundo, así como la vida de la misma Iglesia, y nuestra zona sur no se queda atrás. En este cambio de mentalidad y de avance, sobre todo en la tecnología, la Iglesia percibe también una gran dificultad y es que ya la familia como tal ha dejado de transmitir la fe, y estamos pasando por momentos muy difíciles, en los cuales, la transmisión de la fe ya no es tan clara como hace algunos años. Esta crisis, de la cual debemos salir, debe llevarnos a un mayor impulso misionero, debemos afrontar con valor las diversas situaciones de crisis, la manera de hacer los juicios y los valores fundamentales que están hoy en la base de cualquier sociedad. Dice al respecto el plan de evangelización de nuestra Diócesis: *Hay familias que no transmiten la fe y en las cuales el debilitamiento del sentido del pecado personal y social hacen que crezca el relativismo moral y la desorientación generalizada, especialmente en la etapa de la adolescencia y la juventud, tan vulnerable a los cambios*".¹

Estamos atravesando quizá una de las épocas más difíciles de la humanidad y el país, donde para nuestra Diócesis no es la excepción. Razón por la cual, deseo señalar algunas situaciones particulares, que considero deben tomarse en consideración para reflexionar sobre nuestra tarea evangelizadora.

Primero: los estragos por la Pandemia de la COVID 19, que no sólo como enfermedad atacó y golpeó muchas familias, sino que hoy seguimos sintiendo las consecuencias de su paso en medio de la humanidad. Y de esto nuestra Diócesis todavía sigue afectada en todos los niveles.

Segundo: Hoy nos encontramos con precios de pago por debajo del mínimo real, y la participación de terceros que explotan y sacan precios de los que, los reales productores no toman ni un poco de ese capital que se gana. Y con todo esto, también constato la generosidad invaluable del pueblo santo de Dios que nunca dejó sola a su madre la Iglesia, y que ha sostenido con fuerza las dificultades de la vida eclesial.

¹ Plan de Evangelización Diócesis de San Isidro 2015-2020, n° 27

Tercero: Nuestra sociedad sufre una serie de situaciones contra la dignidad de la persona y sus derechos fundamentales: el narcotráfico, el sicariato, la inseguridad ciudadana y una desequilibrada justicia distributiva, entre otras; incrementan la delincuencia y situaciones familiares difíciles de afrontar.

Cuarto: Nuestra Diócesis cuenta con un territorio marítimo en las costas del Pacífico Sur de nuestro país. Quiero resaltar algunos esfuerzos realizados por instituciones gubernamentales y no gubernamentales a favor de quienes siembran los surcos marinos. Sin embargo, es doloroso ver las condiciones de pobreza e inestabilidad social en la que se mueven muchos de nuestros hermanos de las zonas costeras; esto requiere que se realicen acciones en favor de ellos, así lo apuntaban ya los Obispos en la carta sobre la gente de las costas: *“Durante los últimos decenios se ha dado un constante empobrecimiento de las familias en la zona costera, lo que ha ocasionado el abandono de la actividad pesquera por parte de muchos que en años anteriores la tenían como su medio principal de sustento. Los que se han visto obligados a dejarla, no han encontrado alternativas, para la mejora de su calidad de vida, involucrándose a veces en otras prácticas laborales para las que no están capacitados, cayendo en un estado de creciente frustración o, peor aún, en actividades que más bien afectan su integridad personal y la de sus familias”*.² Esta realidad hoy es vigente y actual; por eso, nuestra Diócesis sigue preocupada, en gran medida por aquellos que necesitan ayuda, y debe iluminar para que no se pierda el sentido de la vida y, sobre todo, la lucha por el ser humano, que es una tarea primordial de la Iglesia.

Quinto: El aumento de la violencia en los centros educativos, la fácil adquisición de drogas o elementos que los lleven al consumo de sustancias tóxicas están haciendo que nuestros jóvenes de hoy pierdan el horizonte que les espera, una sociedad llena de retos y oportunidades, aunque no pretendo generalizar, pues encontramos en las comunidades, grandes muchachos y muchachas que desean salir adelante.

En medio de estas situaciones, también percibo una Iglesia posesionándose de areópagos como los medios de comunicación social, redes y páginas. El uso tan temido de la tecnología nunca deberá ser en las parroquias un punto deshumanizante, pues la Iglesia no dialoga con máquinas sino con seres humanos. Por eso, aunque ciertamente como Obispo constato un gozo de poder llevar el evangelio por muchos medios modernos, también me doy a la tarea de pedir que cada uno no permita sentirse mecanizado en la Iglesia, somos un cuerpo vivo de personas concretas que forman la sociedad.

Agradezco en este punto todo el acompañamiento fiel hecho por Radio Sinaí y por todo el ámbito de las comunicaciones en la Diócesis; cómo no hacer mención de los más de 67 años en que nuestra emisora lleva Evangelio y sentido eclesial a tantos hogares y personas mediante sus emisiones radiofónicas, emisora que ha dado testimonio en el tiempo, catequizando desde sus inicios a todo un pueblo por medio del ambicioso proyecto de su fundador Gonzalo Jiménez, secundado años después por el recordado P. Coto, como también la valentía y audacia con que se

² La Iglesia entre las gentes del mar, n° 7

acompañó semana a semana los procesos de formación y los encuentros de catequesis en época de pandemia superando la presencialidad, respondiendo al reto de la virtualidad y no posponiendo en ningún momento el ser y sentir con su pueblo.

Miro con agradecimiento a la Iglesia diocesana que se aventuró sin miedos a la creación del Centro Diocesano de Orientación Familiar [CEDIOFA], que celebra 6 años el próximo 22 de agosto. Con la voz y acción profética, tanto de Mons. Guillermo Loría Garita en sus trabajos y desvelos por las familias de la Diócesis; así como de Mons. Gabriel Enrique Montero, que se dejó llevar por la acción de Dios en favor de la creación de este centro que atiende a más de dos mil cuatrocientas personas anualmente, que traducimos en niños, jóvenes, familias ayudadas y salvadas del abismo.

Hoy más que nunca, todos debemos poner nuestro empeño en fortalecer esta obra de salvación, para que muchos más puedan gozar de la dicha de vivir en familias sanas y estables. Este agradecimiento también lo hago extensivo a todas aquellas obras sociales que tiene nuestra Diócesis, y que luchan día a día por llevar alivio a las familias, a los niños y a los jóvenes en riesgo social, así como a toda la sociedad en general; lo anterior, sin olvidar los esfuerzos por la promoción y la toma de conciencia del valor de la persona humana, mediante la atención a los migrantes, brindando en momentos de crisis alimento, hospedaje, cercanía y apoyo técnico en medio del drama humano que viven.

Soy consciente de la gran misión que todavía nos queda por delante; por eso ahora quisiera dar también una mirada teológica de reflexión, poniendo en el centro a Jesús, quien es el que nos da ejemplo de vida para seguir en el camino que solo Él puede marcarnos, pues ha dicho a Tomás: *“Yo soy el camino, la verdad y la vida. Solamente por mí se puede llegar al Padre”* (Jn 14,6); *“Yo soy el Buen Pastor”* (Jn 10,14) y *“Yo soy la puerta por donde pasan las ovejas”* (Jn 10,7).

C) A los 70 años de celebrar la cercanía de Jesucristo entre nosotros

La fortaleza de la fe de una comunidad es la vivencia de lo sagrado, de lo que se cree y se interioriza todos los días a partir de una relación personal y comunitaria con el Dios con nosotros. En este sentido, he palpado la devoción de nuestro pueblo católico en las diversas visitas pastorales, y cómo la Eucaristía y su adoración son el centro de la vida litúrgica y espiritual.

La Eucaristía es el signo de unidad en la diversidad, el misterio central de la celebración de nuestra fe, Jesucristo muerto y resucitado; une las vocaciones, los carismas y los ministerios, tanto consagrados como laicales, con el único fin de edificar a la comunidad para la gloria de la Beatísima Trinidad.

Al pensar en una Iglesia sinodal y en salida, quiero resaltar tres pasos sobre la importancia de la liturgia eucarística, en particular; y la liturgia de la Iglesia, en general, con la finalidad de consolidar un camino pastoral lleno de devoción y convicción sobre la importancia de ser testigos para los demás de una comunidad creyente, celebrante y viviente a partir del misterio más

amoroso manifestado por el Señor Jesús: quedarse con nosotros en un pedazo de pan y en un poco de vino.

Primer paso: honrar la gracia de la Eucaristía *con un estilo celebrativo a la altura del don y con auténtica fraternidad. La liturgia celebrada con autenticidad es la primera y fundamental escuela de discipulado y fraternidad. Antes de cualquier iniciativa de formación, debemos dejarnos formar por su poderosa belleza y la noble sencillez de sus gestos*³.

Segundo paso: hacer el *lenguaje litúrgico más accesible a los fieles y más encarnado en la diversidad de las culturas*⁴.

Tercer paso: potenciar otras expresiones litúrgicas que giren alrededor de la Eucaristía y *sin limitarla sólo a la celebración de La Eucaristía. Otras expresiones de la oración litúrgica, así como las prácticas de piedad popular, son elementos de gran importancia para favorecer la participación de todos los fieles, introducirlos gradualmente en el misterio cristiano y acercar a los menos familiarizados con la Iglesia al encuentro con el Señor. Entre las formas de piedad popular la devoción mariana destaca especialmente por su capacidad de sostener y alimentar la fe de muchos*⁵.

Es de mi deseo que, en todas las parroquias, ya sea en el templo parroquial como en las filiales, oratorios, capillas y conventos de hermanos y hermanas de las diferentes congregaciones, se adore el Santísimo Sacramento del Altar de manera permanente. Considero necesario promover la adoración, pues es el aliento de vida que recibimos todos los bautizados católicos para continuar con nuestra vida y el proyecto del Reino de Dios entre nosotros.

Durante 70 años mis antecesores y sacerdotes han construido una comunidad orante alrededor de la Eucaristía y las devociones populares. Una práctica laudable y digna de ser imitada por mucho tiempo, pues son experiencias edificantes que promueven una fe verdadera y alimentada para sobrellevar con espíritu evangélico nuestras vidas. De ahí que deseo profundamente que se continúe con esta tarea pastoral de acuerdo con los tiempos litúrgicos, por ejemplo, las posadas en Adviento, los santos rosarios en Navidad, los Vía Crucis en Cuaresma, las vigiliass en Pascua, las procesiones eucarísticas en el tiempo Ordinario, así como la devoción a los santos patronos con sus respectivas novenas, entre otras manifestaciones de nuestras comunidades de fe.

³ Síntesis de la Asamblea Sinodal, 3.k

⁴ Síntesis de la Asamblea Sinodal, 3.l

⁵ Síntesis de la Asamblea Sinodal, 3.m

II Parte

Interpretar la misión encomendada por el Señor Jesús

A) Desde una Iglesia en salida

Cuando pienso en los nuevos aires de la evangelización propuestos por el Papa Francisco en el contexto del Sínodo que celebramos en estos tiempos, medito en la experiencia de fe de dos pueblos: el judío y el cristiano transmitidos a través de las Escrituras Santas.

Como primer detalle, la creación sale de las manos de la Beatísima Trinidad: el Padre que crea a través de su Palabra por medio del Espíritu que aleteaba sobre las aguas. La creación es obra divina y anticipo de lo que Él nos da. Abram sale de Ur de los Caldeos a una tierra desconocida y solo guiado por la palabra revelada por Dios. Moisés sale de Egipto con la promesa de la Tierra Prometida. David sale de su comodidad del pastoreo de ovejas y se le promete un reino sin fin. La Palabra sale de la Santísima Trinidad, encarnándose en el vientre virginal de María, y sale hecho hombre, semejante a nosotros, menos en el pecado, y después de morir sale resucitado y victorioso para enviar a sus apóstoles y discípulos a anunciar la Buena Noticia, luego de Pentecostés.

Como segundo detalle, Jesús en su vida pública no esperó que las personas llegaran a su casa, sino que sale a los campos, a las ciudades, a las riberas de los ríos y del mar de Galilea para anunciar el Reino de Dios; envió a sus discípulos de dos en dos preparando el camino para su llegada. Signos propicios para que nuestra Iglesia diocesana sea una comunidad en salida.

Como tercer detalle, después de Pentecostés, los apóstoles salen de su escondrijo llenos del Espíritu Santo a proclamar lo que habían visto y oído, desde Jerusalén hasta los confines de la tierra; tenían clara la idea de ser una comunidad eclesial al servicio del mundo, una comunidad convocada y enviada a decirle a los demás la buena noticia de la llegada del Mesías y la instauración del Reino de paz, de justicia y de amor.

Como cuarto detalle, pasaron los siglos y siempre la Iglesia ha sido una comunidad sinodal y de salida, y tanto fue así que llegó a tierras lejanas, al nuevo mundo, trayendo el Evangelio. Llegó a nuestra tierra costarricense y se propagó hasta llegar a nuestra Diócesis, la cual, desde 1954 ha sido propagadora de las enseñanzas de Jesucristo en comunión, participación y misión; entre sombras y luces, aciertos y desaciertos. Todo un camino sinodal como lo vivieron los apóstoles y discípulos de Jesús en los comienzos de la Iglesia.

A partir de estos detalles, quiero resaltar algunas particularidades de la pedagogía evangélica de propagar el anuncio cristiano con la finalidad de dejarnos guiar por el Espíritu, tal y como lo pide el Papa Francisco y los obispos reunidos en la Santa Sede durante la primera sesión del Sínodo.

Jesús no se queda quieto ante el imperativo del Padre de comunicar su voluntad a los hombres. Él sale al encuentro de quienes lo necesitan y quieren escuchar su palabra, sin prejuicios ni señalamientos. Jesús escucha con atención y con un corazón atento transmite el amor, la confianza y la benevolencia de un Dios cercano. Como consecuencia, aquel que se encuentra con el Señor sufre la conversión y toma la decisión de seguirlo para crecer en santidad y justicia.

Este aspecto me hace pensar mucho en la manera de ejercer nuestra vocación bautismal a ser profetas. En este sentido los padres sinodales hacen un llamado a los pastores y fieles a vivir nuestra conversión. *La dificultad que encontramos para traducir esta límpida visión evangélica en opciones pastorales es un signo de nuestra incapacidad para estar a la altura del Evangelio y nos recuerda que no podemos apoyar a los necesitados si no es a través de nuestra propia conversión, tanto personal como comunitaria. Si utilizamos la doctrina con dureza y con una actitud sentenciosa, traicionamos el Evangelio; si practicamos una misericordia pobre, no transmitimos el amor de Dios. La unidad de verdad y amor implica asumir las dificultades del otro hasta hacerlas propias, como sucede entre verdaderos hermanos. Esta unidad sólo puede lograrse siguiendo pacientemente el camino del acompañamiento⁶.*

Otro aspecto importante es, que nuestra Diócesis tiene una misión, un camino y una motivación para ser la portadora de la Buena Noticia de Jesucristo, y se debe propagar siempre con el espíritu evangélico y en todo rincón de nuestras parroquias con los mismos sentimientos que Pablo les recomienda a sus amados filipenses *“Alégrese siempre en el Señor. Repito: ¡Alégrese! ¡Que todos los conozcan a ustedes como personas bondadosas! El Señor está cerca”* (Flp 4,4-5).

Soy consciente de que esta misión sólo la puedo realizar, ante todo, con la ayuda de Dios; y con la colaboración de los presbíteros y diáconos y por supuesto con cada uno de los bautizados en las diferentes parroquias. Todos en salida y sinodalmente. Recordemos cómo fue al principio.

Jesús toma la iniciativa y recorre el país, sembrando las palabras y los signos de la llegada del Reino entre quienes lo desean escuchar y atender sus enseñanzas, sin importar su condición social, nacionalidad o creencias, entre otros. Es curioso cómo los más abandonados, rechazados y señalados son los que lo buscan con sincero corazón, y se sienten amados y valorados por el profeta de Nazareth, *de diversas maneras, Jesús se dirige con especial atención a los que están “separados” de Dios y a los “abandonados” por la comunidad (los pecadores y los pobres, en el lenguaje evangélico). Con sus palabras y sus acciones ofrece la liberación del mal y la conversión a la esperanza, en nombre de Dios Padre y con la fuerza del Espíritu Santo⁷.*

Así como Jesús manifiesta el amor de Dios, suscita entre los suyos la fe y una fe auténtica, *“No obstante, la diversidad de los llamados y de las respuestas de acogida al Señor, la característica común es que la fe emerge siempre como valoración de la persona: su súplica es escuchada, a su dificultad se*

⁶ Síntesis de la Asamblea Sinodal, 15.f

⁷ Documento preparatorio de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, n° 17

da ayuda, su disponibilidad es apreciada, su dignidad es confirmada por la mirada de Dios y restituida al reconocimiento de la comunidad”⁸.

Con el Salmo 123 (122) se nos llama a la esperanza, los ojos son la ventana del alma. Y cuando los ojos de los esclavos están fijos en los detalles de la mano de su Señor es para esperar de Él su amor y su benevolencia. Esta mirada compasiva de Jesús es la mirada del Padre, del amor de un Dios “*compasivo*”.

Con este paso por las enseñanzas de la Divina Revelación, considero que, mirando los ojos del Señor, debemos ahora mirar la identidad de nuestra Iglesia Particular, de la salida misionera que nos ha pedido el Papa Francisco: “*La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan*”.⁹

Hoy, cada uno de nosotros, estamos llamados a buscar los horizontes misioneros, en especial salir en búsqueda de aquellos que están alejados, y también escuchar a los que están dentro de la Iglesia.

B) Desde el imperativo eclesial: una Iglesia en sinodalidad

Me alegro muchísimo de contar, para mi carta pastoral con motivo de los 70 años de vida diocesana, con las conclusiones de la primera sesión ordinaria de la XVI Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos realizada en octubre del año anterior en la Ciudad del Vaticano. El encuentro del Santo Padre Francisco con los obispos delegados de las conferencias episcopales de todo el mundo, presbíteros, diáconos y laicos, y una cantidad de religiosos y especialistas dio como fruto una reflexión iluminadora para que toda la Iglesia reflexione sobre estas dos perspectivas: una Iglesia en salida y la sinodalidad.

Quiero compartir con todos algunos pensamientos relacionados con este documento y el deseo del Santo Padre de implementar en todas las Diócesis esta reflexión. En este sentido, resalto un primer pensamiento; los obispos delegados salen del Sínodo animosos y esperanzados. “*Llevamos en el corazón el deseo, sostenido por la esperanza, de que el clima de escucha mutua y de diálogo sincero que hemos experimentado durante nuestros días de trabajo juntos en Roma se irradie en nuestras comunidades y en todo el mundo, al servicio del crecimiento de la buena semilla del Reino de Dios*”¹⁰.

Un segundo pensamiento, ¿qué entendemos por sinodalidad?, en el número 10 del documento preparatorio, se nos especifica: «*indica la específica forma de vivir y obrar de la Iglesia Pueblo de Dios que manifiesta y realiza en concreto su ser comunión en el caminar juntos, en el reunirse en asamblea y en el participar activamente de todos sus miembros en su misión*

⁸ Documento preparatorio de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, n° 17

⁹ Papa Francisco, Evangelii Gadium n° 25

¹⁰ Síntesis de la Asamblea Sinodal, Introducción

evangelizadora». Este itinerario *“es un don y una tarea: caminando juntos, y juntos reflexionando sobre el camino recorrido, la Iglesia podrá aprender, a partir de lo que irá experimentando, cuáles son los procesos que pueden ayudarla a vivir la comunión, a realizar la participación y a abrirse a la misión. Nuestro “caminar juntos”, en efecto, es lo que mejor realiza y manifiesta la naturaleza de la Iglesia como Pueblo de Dios peregrino y misionero”*¹¹.

Al considerar esta descripción de sinodalidad, quiero reiterar algunas características con el deseo de reflexionarlas para nuestra tarea pastoral: reconocer y apreciar la riqueza y la variedad de los dones y de los carismas que el Espíritu distribuye libremente, para el bien de la comunidad y en favor de toda la familia humana, sostener la comunidad cristiana como sujeto creíble y fiable en caminos de diálogo social, sanación, reconciliación, inclusión y participación, reconstrucción de la democracia, promoción de la fraternidad y de la amistad social¹².

Estas características no serán una novedad en nuestra Diócesis, pues durante 70 años lo hemos hecho con un espíritu evangélico digno de ser recordado en personas como Mons. Delfín Quesada, el Padre Coto y tantos evangelizadores que caminaron por las sendas de nuestra tierra compartiendo esperanzas, angustias y alegrías, producto de la propagación del Evangelio de Jesús. Pero, mirando hacia adelante, como comunidad cristiana tenemos desafíos y tareas por cumplir, los padres sinodales señalan lo siguiente: *“Precisamente en los surcos excavados por los sufrimientos de todo tipo padecidos por la familia humana y por el Pueblo de Dios están floreciendo nuevos lenguajes de fe y nuevos caminos capaces, no sólo de interpretar los eventos desde un punto de vista teológico, sino también de encontrar en medio de las pruebas las razones para refundar el camino de la vida cristiana y eclesial”*¹³.

Como Pastor de esta grey del Señor y en el contexto de la sinodalidad debo reconocer mi interés por la incorporación de las nuevas generaciones en los procesos evangelizadores diocesanos. Los jóvenes son fundamentales para el fortalecimiento de la fe y la transmisión del Evangelio, pues ellos son el presente y el futuro de nuestra Iglesia diocesana. Ellos viven hoy situaciones muy difíciles promovidas por ideologías contrarias al Señor y que les ofrecen una vida en libertad, pero sin límites, una divinidad manipulable y una oposición a la ley natural establecida por Dios. Y no sólo los jóvenes, sino también las mujeres, quienes conforman una fuerza evangelizadora no del todo valorada en todo el sentido de la palabra. Por eso, los padres sinodales resaltan este aspecto cuando señalan *“Se confirman igualmente el deseo de protagonismo dentro de la Iglesia por parte de los jóvenes, y la solicitud de una mayor valoración de las mujeres y de espacios de participación en la misión de la Iglesia, ya señalados por las Asambleas sinodales de 2018 y de 2019. En esta misma línea se ha de considerar la reciente institución del ministerio laical de catequista y la apertura a las mujeres del acceso a los ministerios del lectorado y del acolitado”*¹⁴.

Si la sinodalidad es caminar todos juntos en una Iglesia en salida, tal y como lo reconocen los obispos junto con el Papa Francisco; para nosotros es un imperativo el implementar en nuestra Diócesis los criterios sinodales y, pensando en el camino hacia el nuevo Plan Pastoral Diocesano, no debemos omitir algunos lineamientos establecidos en la primera sesión del Sínodo, algunos de ellos se visualizan

¹¹ Documento preparatorio de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, n° 1

¹² Cfr. Documento preparatorio de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, n° 2

¹³ Documento preparatorio de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, n° 7

¹⁴ Documento preparatorio de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, n° 7

de la siguiente manera: *“En este contexto, la sinodalidad representa el camino principal para la Iglesia, llamada a renovarse bajo la acción del Espíritu y gracias a la escucha de la Palabra. La capacidad de imaginar un futuro diverso para la Iglesia y para las instituciones a la altura de la misión recibida depende en gran parte de la decisión de comenzar a poner en práctica procesos de escucha, de diálogo y de discernimiento comunitario, en los que todos y cada uno puedan participar y contribuir. Al mismo tiempo, la opción de “caminar juntos” es un signo profético para una familia humana que tiene necesidad de un proyecto compartido, capaz de conseguir el bien de todos. Una Iglesia capaz de comunión y de fraternidad, de participación y de subsidiariedad, en la fidelidad a lo que anuncia, podrá situarse al lado de los pobres y de los últimos y prestarles la propia voz. Para “caminar juntos” es necesario que nos dejemos educar por el Espíritu en una mentalidad verdaderamente sinodal, entrando con audacia y libertad de corazón en un proceso de conversión sin el cual no será posible la «perenne reforma, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene siempre necesidad»¹⁵”.*

Este caminar juntos tiene una implicación eclesial, tanto a nivel comunitario como a nivel personal, pues todos debemos tomar la decisión de hacerlo vida en cada uno y en cada momento de nuestro actuar entre las personas y el entorno, con la ayuda de la gracia de Dios y nuestra voluntad de hacer lo mejor, para que, lleguemos a un feliz término. En el texto de conclusión de los padres sinodales, se resalta esta perspectiva: *“La renovación de la comunidad cristiana sólo es posible reconociendo la primacía de la gracia. Si falta profundidad espiritual, la sinodalidad se queda en una renovación cosmética. Sin embargo, a lo que estamos llamados no es sólo a trasladar a los procesos comunitarios una experiencia espiritual adquirida en otro lugar, sino, más profundamente, a experimentar cómo las relaciones fraternas son el lugar y la forma de un auténtico encuentro con Dios. En este sentido, la perspectiva sinodal, a la vez que se inspira en el rico patrimonio espiritual de la Tradición, contribuye a renovar sus formas: una oración abierta a la participación, un discernimiento vivido juntos, una energía misionera que nace del compartir y se irradia como servicio”¹⁶.*

Por lo tanto, vivir la sinodalidad en una Iglesia en salida es todo un itinerario. Dejémonos guiar por la gracia de Dios y con el discernimiento de los signos de los tiempos construiremos una Iglesia diocesana, que durante 70 años lo ha hecho con ahínco y confiada plenamente en el Señor de la historia, y considero que esta tarea se realizará plenamente, pues, como pueblo de Dios lo pensamos y lo creemos. El Papa Francisco, al igual que a los padres sinodales, nos exhorta a reflexionarlo de esta manera *“el Pueblo Santo de Dios ha descubierto que un modo sinodal de orar, escuchar y hablar, enraizado en la Palabra de Dios y entretejido con momentos de encuentro en la alegría, y a veces incluso en la fatiga, conduce a una conciencia más profunda de que todos somos hermanos en Cristo. Un fruto inestimable es la conciencia acrecentada de nuestra identidad de Pueblo fiel de Dios, dentro del cual cada uno es portador de una dignidad derivada del Bautismo y llamado a la corresponsabilidad en la misión común de evangelización”¹⁷.*

¹⁵ Documento preparatorio de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, n° 9

¹⁶ Síntesis de la Asamblea Sinodal, 2.c

¹⁷ Síntesis de la Asamblea Sinodal, 1.a

No tengamos miedo. Rememos mar adentro y con la mirada puesta en el Señor alcanzaremos nuestras metas, pues Él lo prometió que estará con nosotros hasta el final de los tiempos.

C) Un santo patrono: guía y benefactor desde hace 70 años

Durante setenta años, la Diócesis ha sido una comunidad eclesial en salida y lo ha hecho de manera sinodal, porque ha llevado el Evangelio de Jesús a todos los rincones de su territorio, bajo el patrocinio de uno de los santos más populares de nuestra Iglesia: San Isidro Labrador.

San Isidro es un modelo de vida cristiana desde diferentes puntos de vista y me motiva expresar mis pensamientos pastorales sobre este hombre de Dios con la finalidad de hacer una reflexión que nos ayude a visualizar nuestro presente y futuro diocesano.

Nuestro santo patrono manifestó un profundo espíritu de oración, una fe inquebrantable en el Señor, una caridad para con los necesitados, especialmente los indigentes; fue un esposo solícito y un trabajador de la tierra insigne. Un modelo de un buen cristiano que cree en el Señor, celebra su fe con devoción, vive los valores cristianos en familia y trabaja responsablemente según las tareas asignadas.

El testimonio de San Isidro es una luz que nos ilumina para el fortalecimiento de nuestras opciones pastorales desde la sinodalidad y en una comunidad siempre en salida desde la oración, la familia, el trabajo y el apostolado.

Desde la familia, los padres sinodales exhortan a valorarla como núcleo fundamental para la educación en la fe, *“la familia es la columna vertebral de toda comunidad cristiana. Los padres, los abuelos y todos los que viven y comparten su fe en la familia son los primeros misioneros. La familia, como comunidad de vida y amor, es un lugar privilegiado para la educación en la fe y en la práctica cristiana, que requiere un acompañamiento especial dentro de la comunidad. El apoyo es especialmente necesario para los padres que tienen que conciliar su trabajo, también dentro de la comunidad eclesial y al servicio de su misión, con las exigencias de la vida familiar”*¹⁸.

Desde el trabajo, los laicos tienen una tarea fundamental: llevar la Buena Noticia a sus centros de labor y, como nuestra Diócesis es altamente agropecuaria, también a los surcos, a las granjas, a los cafetales, a las piñeras, a las aceiteras, a todo lugar donde se cultiva la tierra. Los padres sinodales apuntan con precisión y sabiduría *“Si la misión es una gracia que compromete a toda la Iglesia, los fieles laicos contribuyen vitalmente a realizarla en todos los ambientes y en las situaciones más cotidianas. Son ellos, sobre todo, quienes hacen presente a la Iglesia y anuncian el Evangelio en la cultura del entorno digital, que tan fuerte impacto tiene en todo el mundo, en las culturas juveniles, en el mundo del trabajo, de la empresa y de la política, de las artes y de la cultura, de la investigación científica, de la educación y de la formación, en el cuidado de la casa*

¹⁸ Síntesis de la Asamblea Sinodal, 8.c

común y, de modo especial, en la participación en la vida pública. Allí donde están presentes, están llamados a dar testimonio de Jesucristo en la vida cotidiana y a compartir explícitamente su fe con los demás. Los jóvenes, en particular, con sus dones y fragilidades, a medida que crecen en la amistad con Jesús, se convierten en apóstoles del Evangelio entre sus coetáneos”¹⁹.

Desde el apostolado en la comunidad cristiana, cada uno de ustedes, como yo, tienen una misión particular como bautizados y seguidores del Señor Jesús. Al mirar con espíritu eclesial la propuesta de los padres sinodales para una comunidad en salida, me llena de júbilo el corazón al pensar que se puede construir una sinodalidad con cada uno de ustedes *“Los fieles laicos también están cada vez más presentes y activos en el servicio dentro de las comunidades cristianas. Muchos de ellos organizan y animan comunidades pastorales, sirven como educadores de la fe, teólogos y formadores, animadores espirituales y catequistas, y participan en diversos organismos parroquiales y diocesanos. En muchas regiones, la vida de las comunidades cristianas y la misión de la Iglesia dependen de la figura de los catequistas. Además, los laicos prestan sus servicios en el ámbito de la salvaguardia y la administración. Su contribución es indispensable para la misión de la Iglesia, por lo que debe cuidarse la adquisición de las competencias necesarias”²⁰.*

Considero oportuno hacer referencia a la mujer y su protagonismo fundamental en la vida de la Iglesia. Pues, desde que asumí el pastoreo he tenido experiencias maravillosas con muchas personas, de diferentes edades, condición social, profesional, educativa; pero lo maravilloso es cuando converso con las mujeres, madres, trabajadoras, jefas de hogar quienes, por años, han sido el soporte de las familias en todo sentido, desde la fe hasta el sustento diario. Mis respetos a ellas y confío que su testimonio siempre será referente de personas creyentes y necesarias para la conservación y transmisión de la fe. Me alegra mucho que los padres sinodales hayan puesto su mirada en esta población y valoren su protagonismo en la comunidad cristiana.

Al pensar en la mujer y su protagonismo en procesos evangelizadores, quiero resaltar la figura siempre maternal y profética de María, La Inmaculada Concepción, quien nos ha acompañado durante 70 años y siempre lo estará entre nosotros. *“María de Nazaret, mujer de fe y madre de Dios, sigue siendo para todos, una fuente extraordinaria de sentido desde el punto de vista teológico, eclesial y espiritual. María nos recuerda la llamada universal a escuchar atentamente a Dios y a permanecer abiertos al Espíritu Santo. Ella ha conocido la alegría de dar a luz y de engendrar, y ha soportado el dolor y el sufrimiento. Dio a luz en condiciones precarias, vivió la experiencia de ser refugiada y experimentó la angustia del brutal asesinato de su Hijo; pero también ha conocido el esplendor de la resurrección y la gloria de Pentecostés”²¹.*

Al cierre de esta parte de la carta pastoral y resaltando la figura de San Isidro, como modelo de vida cristiana para nosotros, no quiero dejar de lado a mis presbíteros y diáconos, quienes son mis más allegados colaboradores; en una comunidad sinodal y en salida están llamados a vivir su servicio al Pueblo de Dios poniendo su autoridad a imagen del Señor. *“Los diáconos y los*

¹⁹ Síntesis de la Asamblea Sinodal, 8.d

²⁰ Síntesis de la Asamblea Sinodal, 8.e

²¹ Síntesis de la Asamblea Sinodal, 9.e

presbíteros están comprometidos en las más diversas formas de pastoral: servicio en las parroquias, evangelización, proximidad a los pobres y marginados, compromiso en el mundo de la cultura y de la educación, misión ad gentes, investigación teológica, animación de centros de espiritualidad y muchas otras. En una Iglesia sinodal, los ministros ordenados están llamados a vivir su servicio al Pueblo de Dios en una actitud de cercanía a las personas, de acogida y escucha de todos, y a cultivar una profunda espiritualidad personal y una vida de oración. Sobre todo, están llamados a repensar el ejercicio de la autoridad siguiendo el modelo de Jesús que, "aunque tenía la condición de Dios, [...] se despojó de sí mismo, asumiendo la condición de siervo" (Flp 2, 6-7)²².

Con ilusión deseo que el patrocinio de San Isidro Labrador sea en verdad una luz que esté iluminando nuestro camino sinodal y le pedimos su intercesión para que nuestras intenciones lleguen a feliz término.

²² Síntesis de la Asamblea Sinodal, 11.b

III Parte:

Elegir el mejor camino de participación y comunión

A) Una Iglesia en salida hacia la plenitud de los tiempos

Una Iglesia sinodal y en salida exige una organización, una planificación y un trabajo en conjunto. Es por lo que, me ilusionan las asambleas parroquiales para la elaboración del próximo Plan Diocesano de Evangelización desde la perspectiva de la sinodalidad y con la espiritualidad de una Iglesia en salida. Por lo tanto, y, teniendo en consideración el borrador de las conclusiones de la primera sesión de la XVI Asamblea General del Sínodo de los Obispos, propongo las siguientes líneas pastorales para la orientación de nuestra vida eclesial, luego de 70 años de caminar juntos.

1. Revisar las tareas de los consejos de evangelización, las comisiones diocesanas, los grupos para la continuidad de las tareas apostólicas emanadas del Sínodo de los Obispos y la proyección de nuestro plan diocesano: *“Las estructuras pastorales deben reorganizarse de modo que ayuden a las comunidades a poner de relieve, reconocer y animar sus carismas, y ministerios laicales, insertándolos en el dinamismo misionero de la Iglesia sinodal”*²³.

2. Fomentar en nuestra Diócesis la transparencia y la cultura de la responsabilidad para el ejercicio de los ministerios, tanto los sacerdotales como los laicales: *La dimensión de la transparencia y la cultura de la responsabilidad son de crucial importancia para avanzar en la construcción de una Iglesia sinodal*²⁴.

3. Fomentar las vocaciones, carismas y ministerios eclesiales porque: *“en ellos se expresa el rostro materno de una Iglesia que enseña a sus hijos a caminar con ellos. Los escucha y al responder a sus dudas e interrogantes, se enriquece con la novedad que cada uno aporta con su historia, su lengua y su cultura. En la práctica de esta acción pastoral, la comunidad cristiana experimenta, a menudo sin ser plenamente consciente de ello, la primera forma de sinodalidad”*²⁵.

4. Celebrar profundamente el sacramento de la Eucaristía, centro y cumbre de la vida cristiana. Considero importantísimo que en nuestra Diócesis la Eucaristía ocupe el lugar de privilegio en todos los templos y capillas; así como la Adoración Eucarística: *“La celebración de la Eucaristía, es la primera y fundamental forma de reunión y encuentro del Pueblo Santo de Dios. Donde no es posible, la comunidad, aunque lo desea, se reúne en torno a la celebración de la Palabra. En la Eucaristía celebramos un misterio de gracia del que no somos artífices. Al llamarnos*

²³ Síntesis de la Asamblea Sinodal, 8.l

²⁴ Síntesis de la Asamblea Sinodal, 11.k

²⁵ Síntesis de la Asamblea Sinodal, 3.b

*a participar de su Cuerpo y de su Sangre, el Señor nos hace un solo cuerpo entre nosotros y con Él*²⁶.

5. Atender a los pobres con el amor de Cristo. A todos aquellos que necesitan diversas ayudas como consecuencia del valor de la solidaridad que debemos tener con ellos, entre ellos sobresalen los migrantes y refugiados. Los Padres Sinodales son muy precisos en determinar quiénes son estos pobres: *“No hay un solo tipo de pobreza. Entre los muchos rostros de los pobres están los que no tienen lo necesario para llevar una vida digna. También están los de los migrantes y refugiados; los pueblos indígenas, originarios y afrodescendientes; los que sufren violencia y abusos, en particular las mujeres; las personas con adicciones; las minorías a las que se niega sistemáticamente la voz; los ancianos abandonados; las víctimas del racismo, la explotación y el tráfico, en particular los menores; los trabajadores explotados; los excluidos económicamente y otros que viven en las periferias. Los más vulnerables entre los vulnerables, por los que es necesaria una defensa constante, son los niños en el vientre materno y sus madres*²⁷.

6. Promover el respeto por la naturaleza y la colaboración en aquellas tareas a favor de la conservación de nuestra casa común: *“Estar al lado de los pobres es comprometerse con ellos también en el cuidado de nuestra casa común: el grito de la tierra y el grito de los pobres son el mismo grito. La falta de respuesta convierte a la crisis ecológica y al cambio climático en particular en una amenaza para la supervivencia de la humanidad, como subraya la exhortación apostólica Laudate Deum, publicada por el Papa Francisco coincidiendo con la apertura de los trabajos de la Asamblea sinodal. Las Iglesias de los países más expuestos a las consecuencias del cambio climático son muy conscientes de la urgencia de un cambio de rumbo y esto representa su contribución al camino de las demás Iglesias del planeta*²⁸.

7. Atender a las personas adultas mayores, a las enfermas, y a las que tienen alguna discapacidad con un corazón de padre: *“Muchas personas experimentan un estado de soledad a menudo cercano al abandono. Las personas mayores y enfermas son a menudo invisibles en la sociedad. Animamos a las parroquias y comunidades cristianas a estar cerca de ellos y a escucharles. Las obras de misericordia inspiradas en las palabras evangélicas “Estuve [...] enfermo y me visitasteis” (Mt 25,39), tienen un profundo significado para las personas implicadas y también para fomentar los lazos comunitarios*²⁹.

8. Fortalecer las estructuras pastorales diocesanas para el cumplimiento de las tareas evangélicas en nuestra Diócesis con el ardor de una nueva evangelización para el *“acompañamiento a los pobres, marginados, migrantes y refugiados que realiza Cáritas y otras muchas realidades vinculadas a la vida consagrada. Debemos trabajar para fortalecer su vinculación con la vida comunitaria, evitando que sean percibidas como actividades delegadas a unos pocos*³⁰.

²⁶ Síntesis de la Asamblea Sinodal, 3.e

²⁷ Síntesis de la Asamblea Sinodal, 4.c

²⁸ Síntesis de la Asamblea Sinodal, 4.e

²⁹ Síntesis de la Asamblea Sinodal, 16.j

³⁰ Síntesis de la Asamblea Sinodal, 16.o

B) Una mirada de Buen Pastor hacia el caminar Diocesano

Una vez que juntos hemos caminado por la Diócesis viendo la realidad que nos circunda y viendo cómo el Señor ilumina toda la vida de la Iglesia, como Obispo diocesano junto a aquellos que me acompañan en el quehacer pastoral, y poniendo a Jesús en el centro de la acción evangelizadora, quisiera brindar algunas guías de acción para que el caminar diocesano continúe construyendo en medio de nosotros un rostro de Diócesis, y así juntos, escuchándonos y haciendo vida el Evangelio podamos llegar a una meta común que es la construcción de la comunidad cristiana, más fortalecida y llena de todos los elementos necesarios para su crecimiento y vivencia de la fe, como don del Señor.

Nuestra Iglesia particular tiene una gran historia, que no podemos borrar inventando cosas nuevas, debemos tener presente la continuidad histórica de la Iglesia diocesana de San Isidro, y esto vale no sólo para la vivencia de una línea histórica, sino también en la acción de la evangelización. Hoy más que nunca, hundimos nuestras raíces en el valor misionero de nuestros primeros sacerdotes y obispo, no dejamos de construir nuevos puentes con las ganas y el valor con el que los primeros diocesanos lanzaron su vida al servicio del evangelio en medio de la Iglesia naciente de San Isidro.

Así con las asambleas y los planes diocesanos vemos la riqueza de una Iglesia que nunca se ha cansado de buscar los medios para poder llevar el evangelio a toda esta hermosa Iglesia particular. Por esto, seguimos adelante leyendo las claves que nos dieron nuestros hermanos mayores, y ponemos en práctica también toda la belleza que hoy nos da el Magisterio eclesial, para el servicio de los fieles en favor de la construcción de una Iglesia que cada vez más se haga presente en medio de todas las estructuras y todas las personas de buena voluntad.

C) Nos miramos en clave sinodal

Reitero el querer de muchos hermanos sacerdotes, laicos, del Consejo de evangelización diocesano y de mí mismo como Obispo, conservar la figura de los Consejos parroquiales de evangelización, tanto en los centros parroquiales como en las filiales de la Diócesis, como un organismo de sinodalidad parroquial. Estos consejos que son fruto de un camino de vida diocesana son una expresión de la comunión de la Iglesia, resguardados por el derecho canónico, los consejos parroquiales en el campo de la evangelización están llamados de manera consultiva a orientar la vida parroquial en los campos de la evangelización que todos conocemos: la acción kerigmática, la acción catequética y la acción pastoral, llamadas en conjunto proceso de evangelización. También en las filiales más pequeñas estos representan el consejo de asuntos económicos que hacen y cuidan el patrimonio de la comunidad cristiana.

No puedo omitir, agradecer profundamente a los queridos sacerdotes que, a lo largo de este tiempo, he aprendido a quererlos como hermanos, y me doy cuenta, cada vez que puedo compartir con ustedes, la multiplicidad de asuntos que están bajo su responsabilidad; las distancias que recorren para llevar la Palabra y la Eucaristía. Los animo a seguir adelante, no dejen que el desaliento los ponga abajo. Este mismo agradecimiento lo extiendo a los diáconos permanentes, y a todos los religiosos y religiosas, consagrados todos, que Dios bendiga sus esfuerzos en favor de la Iglesia.

En concordancia con los anteriores planes de pastoral y evangelización que tenemos presentes como guías en la vida de la Diócesis, como Obispo diocesano, les invito a que participemos activamente en todos los procesos de reflexión que vamos a proponer como camino sinodal de construcción del Reino en medio de nosotros.

Conclusión


He propuesto, amados hermanos, en esta carta pastoral una reflexión del ayer para vivir el hoy y buscar un mañana cada vez mejor para todos. Una reflexión que marca una ruta para nuestra Iglesia diocesana con la intención de ser una comunidad sinodal y en salida; una comunidad que busque a la oveja perdida del redil para darle calidad de vida y se sienta feliz al ser amada por todos, pues en nuestro amor vivirá el amor del Padre.

Deseo con todo el fervor pastoral que todos nos integremos como una comunidad de fe alrededor del altar para comer el Cuerpo y beber la Sangre del Señor en comunión y en adoración perpetua, para que los ideales evangélicos plasmados en esta carta pastoral lleguen a feliz término, en el cual, hablaremos un solo lenguaje: el lenguaje del amor, de la fe y la esperanza en quienes hemos puesto nuestra confianza.

Si hemos recorrido 70 años de comunión diocesana, no tengamos miedo de recorrer otros años más en comunión y participación; traslademos la antorcha de la fe de generación en generación, con valentía y con la confianza puesta en que somos sembradores y el Señor riega y dará el ciento por uno a su debido tiempo.

Con la gracia de Dios y la intercesión de la Bienaventurada siempre Virgen María, San José su castísimo esposo y San Isidro Labrador, deseo que lo que hemos propuesto sea un camino hacia la consolidación de nuestros procesos pastorales, nuestro nuevo Plan Pastoral Diocesano y lo más importante, la promoción de la persona, desde la concepción hasta la muerte natural, para que sea un creyente convencido de que su adhesión al Señor Jesús es un camino de vida y verdad.

Dado en la casa episcopal de la Diócesis de San Isidro, el 15 de mayo del año del Señor 2024, tercero de mi episcopado.


✠ Monseñor Juan Miguel Castro Rojas
Obispo Diocesano de San Isidro

Bibliografía

Iglesia Católica, (2021), *Por una Iglesia sinodal*, Documento Preparatorio para la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, Ciudad del Vaticano.

Iglesia Católica, (2023), *Una Iglesia sinodal en misión*, Síntesis de la Primera Sesión de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, Ciudad del Vaticano.

Tabla de Contenido

Introducción	1
I Parte: Reconocer el camino recorrido en comunión y participación eclesial	2
A) A los 70 años de caminar juntos y en salida.	2
B) Una mirada a nuestro alrededor diocesano, 70 años después.....	3
C) A los 70 años de celebrar la cercanía de Jesucristo entre nosotros	5
II Parte: Interpretar la misión encomendada por el Señor Jesús	7
A) Desde una Iglesia en salida.....	7
B) Desde el imperativo eclesial: una Iglesia en sinodalidad	9
C) Un santo patrono: guía y benefactor desde hace 70 años	12
III Parte: Elegir el mejor camino de participación y comunión	15
A) Una Iglesia en salida hacia la plenitud de los tiempos	15
B) Una mirada de Buen Pastor hacia el caminar Diocesano	17
C) Nos miramos en clave sinodal	17
Conclusión	19
Bibliografía.....	20



Mons. Juan Miguel Castro Rojas